

Correo Semanal de las Letras y de las Artes

EN TORNO A LA VIDA Y A LA OBRA DEL GRAN ARTISTA CUBANO RAFAEL BLANCO ESTERA

Amf *Jun 17/54*
Ilustre senectud.- Injusto olvido.- Síntesis biográfica.-
Valor y trascendencia.- Sugerencia sincera

Por **RAFAEL MARQUINA**
(De la redacción de INFORMACION)

ILUSTRE SENECTUD

Que un artista de 68 años se mantenga en vigor de eficacia cultivando su arte, dueño de su técnica y, además, por gracia de su gran espíritu, incluso "en su tiempo", no es cosa de cada minuto, no nos topamos con ella al doblar de cada esquina. Cada uno de casos tales, por tanto, mueve, por esa sola realidad de su infrecuencia, a simpatía y a admiración. Y despierta en el ánimo una especial actitud de reverencia si se adiciona con ciertas especiales circunstancias a cuya virtud se nos aviva el justísimo deseo de rendir justicia, aunque para ello hayamos de apartarnos un momento de la corriente impetuosa que nos arrastra y no nos deja contemplar las márgenes verdecidas.

Ante uno de esos casos, verdaderamente ejemplar, queremos detenernos hoy para señalarlo a la consideración de cuantos se sienten ciudadanos o vecinos de la República de las Artes. Se trata de Rafael Blanco Estera, gran dibujante, gran caricaturista y gran humorista; tres cosas distintas y un solo arte verdadero. Nacido en La Habana el 1º de Diciembre de 1885, Rafael Blanco ha cumplido, pues, los sesenta y ocho años. (Y ojalá cumpla, con salud y dicha, muchos más; así Dios lo quiera). Y no hace mucho, en el XVII Salón de Humoristas, en muy buena lid ganó, con una bizarra comparación magnífica, el segundo premio de caricatura personal otorgado aquel año (1951), con una obra de innegable contemporaneidad.

El caso suscita el comentario e incita a la exaltación.

INJUSTO OLVIDO

Porque el caso, en suma, dadas y reconocidas todas las circunstancias que lo constelan de significa-

ciones, es quizá —y sin quizá— en Cuba y para Cuba, un caso de injusto olvido. La labor vasta y bella que ha realizado, que puede realizar, y realiza a veces, Rafael Blanco le ha situado, y le tiene en él seguro, en uno de los primeros lugares entre todos los artistas con que actualmente cuenta la gran hueste del Arte cubano.

Rafael Blanco, sin embargo, no es ciertamente firma muy solicitada hoy día. Vive en un retiro que no se justifica, ni mucho menos, por la invalidez ni por la incapacidad. Ni siquiera por un matiz de anacronismo que pudiera tenerle fuera de lo "que se lleva", al margen de su época. Rafael Blanco

—y su envío al mencionado Salón lo demostró suficientemente— está dentro de su tiempo, vive en su tiempo y "con" su tiempo. Y así, la gran obra pretérita, que por sus valores intrínsecos y sus significaciones extrínsecas, se mantiene en lozanía acentuada de un valor histórico al cual nos referiremos en seguida, no es panteón, sino fuente viva.

Por eso es más de doler su apartamiento. Y es cosa digna de señalar, por si obedeciese a causas no voluntarias. Porque, en definitiva —como razón que vale por todas— el arte de Rafael Blanco, en sus diversos aspectos, no sólo en la realidad de su actividad frecuente, sería un deleite, sino además, como lo fué en tiempos pasados, una manera de ir fijando historia cubana con el garbo, el profundo sentido y la aligera gracia con que lo fué antaño.

Pudiera y debiera remediarse el daño que de ese injusto olvido se deriva para todos, quizá, en primer término para el propio artista, pero, en gran escala para el común de las gentes.

4

2

Todo ello asume mayor relieve y gana mayor persuasión si se tiene en cuenta que Rafael Blanco es un artista con personalidad propia, tan firme como inconfundible.

SINTEISIS BIOGRAFICA

Brevemente y con exclusiva referencia a sus actividades artísticas, he aquí algunos datos para la biografía de Rafael Blanco:

Desde muy niño —1902— frecuentó las aulas de la Escuela "San Alejandro", donde esmeró su vocación con disciplina y asiduidad. Por Ley votada por el Congreso, con fecha 30 de abril de 1918, fué becado para ampliar sus estudios en el extranjero. Se aplicó a ello con entusiasmo y obtuvo positivos logros, adiestrándose en las buenas maneras del arte vivo; de un arte que responde a los dictámenes de la realidad circundante y destila de la peripecia cotidiana, como un "humor" untuoso, la gran lección de la vida.

Naturalmente, cuando el Congreso le otorgó esa beca, ya Rafael Blanco había dado brillantísimas pruebas de sus grandes facultades artísticas y eran muchos los premios y distinciones que había sabido ganar. Entre ellos, por ejemplo: el premio otorgado por el Ayuntamiento de La Habana, en 1914; segundo y tercer premios en el Concurso anual de escultura, de la Academia Nacional de Artes y Letras, en 1916; en 1917, en

el concurso de carteles organizado y propiciado por la revista "La Ilustración", siete premios, entre ellos el primero. También había ofrecido Blanco varias exposiciones. A saber: 1912, cien caricaturas, en el Círculo de Bellas Artes; 1914: ciento cincuenta caricaturas, en la Academia Nacional de Artes y Letras; y su obra en diarios y revistas empezaba ya a pimpollear sus bríos.

De regreso en su patria, entró de lleno Rafael Blanco en un período que había de ser largo, de gran actividad, cada día superando el nivel, fortaleciendo su don de humor, que llega a lo hondo y en la sonrisa destila el dolor; du-

rante muchos años su labor fué buscada, celebrada, ponderada por miles de ciudadanos que en ella hallaban la razón y las sinrazones del cotidiano vivir; el acento sobre la letra; la espina bajo la rosa; y la rosa.

He aquí algunas de sus más celebradas y fanosas exposiciones: en 1926, ochenta dibujos humorísticos, en la Secretaría de Estado; en 1932, en el Lyceum, setenta y dos dibujos humorísticos; en 1941, en el Círculo de Bellas Artes, ciento y uno dibujos humorísticos; en 1943, en el Círculo de Bellas Artes, ciento once dibujos humorísticos.

Algunas otras comparecencias suyas ante el público, en exposiciones y certámenes, le han valido valiosas recompensas: En el V Salón de Humoristas (1925) Medalla de Honor, y en 1930, en la Exposición Ibero-americana de Sevilla se le concedió también la preciada Medalla de Oro. Por último, como ya hemos indicado, en 1951 obtuvo en el XVII Salón de Humoristas un segundo premio, otorgado por méritos de una ágil y briosa y bella caricatura.

Con esto, siguiendo el itinerario de su vida artística, llegamos hasta su actual apartamiento del que durante los últimos años sólo ha salido en pocas ocasiones.

VALOR Y TRASCENDENCIA

Vastísima y varia es la producción de Rafael Blanco. Y de un valor de difícil justiprecio. Porque emerge de sus méritos para trascender a significación histórica. El aspecto meramente artístico, que es considerable y mantiene sus razones de validez, a través del tiempo, no es, sin embargo, lo único, ni acaso lo mejor a tener en cuenta al afrontar la exacta valoración de la obra de Rafael Blanco.

Nadie ignora que en su mayor y mejor parte esa obra nació inmediata al impacto con la varia incidencia del vivir, como un comentario o una definición; como un modo de advertencia o una facecía de censura tan amarga que se vestía de alegría. Rafael Blanco fué durante muchos años un dibujante que se inspiró en la actualidad para decir su mensaje.

Además, poseedor de un gran entendimiento, supo desde los inicios, separar netamente lo humorístico de lo caricaturesco. Y si sobresalió lo mismo en el dibujo humorístico que en la caricatura personal, y sigue siendo en ambos géneros un maestro seguro, ello responde a que no ha caído en confusiones ni se ha desviado, al bifurcar sus actividades, de la cabal manera de entender y de ejercer el humorismo.

Ese humorismo suyo —como el de Abela en cierto tiempo— ha sido para miles de ciudadanos la palabra orientadora, el eco justo de su propio pensar o la advertencia severa, entre sonrisas, de que habían de ganar, entendiéndola, positivas facultades diversas para el diverso cúmulo de las exigencias con que les inquietaba el ánimo el cotidiano acontecer.

Reunida y datada, innumerable y bella y recia en su gracia fuerte, la obra de Rafael Blanco, dis-

4

3

persa en publicaciones fugaces, constituiría un capítulo de historia. La vida cubana, el quehacer habanero, la angustia y la alegría; la congoja y el temor, la esperanza y el desespero, tanto como las realidades agrias y las verdades amargas, están ahí en vivo y con un hondo claro mensaje de acentos estimulantes, de fortalecimientos humanos.

Esta gran condición de historicidad le procura a la labor realizada por Rafael Blanco un valor insuperable como documento humano, como historia cubana. Naturalmente, menguaría mucho esta importancia si además esta obra

no tuviera, como tiene, calidades y cualidades bastantes para ser válida por sí misma. Y digna de admiración y elogio. El arte magistral de Rafael Blanco como dibujante ha sido unánimemente reconocido y su ponderación no ha menester reiteraciones.

Como caricaturista ha demostrado que no ha perdido su vigor de expresión, su certero espíritu captador, su gracia hábil de técnica escueta y precisa.

SUGERENCIA SINCERA

Es necesario insistir sobre el carácter de la obra de Blanco que la reviste de un interés enorme, en un doble aspecto: el de su belleza y el de su transcendencia. Ser y trascender es, en fin de cuentas, la suprema aspiración del arte.

Y este arte de Rafael Blanco, que nació efímero, esporádico, al dictamen de la incidencia fugaz, del suceso menudo, de la peripetia mudable y de la circunstancia transitoria, si la contemplamos ahora, reunida en sus diversas estampas y facetas, nos pone en pie ante la mirada todo un período de vida histórica de Cuba.

Si se ha alabado el arte pintoresco de Landaluce por la gracia

y el jugoso acierto con que supo captar personas y hechos típicos, calculemos lo mucho más digno de admiración que es Rafael Blanco que, en la captación de lo típico, alcanza a poner en vivo lo humano recóndito y lo aleccionador explícito; ya no lo pintoresco, sino lo definidor, cogiendo la ocasión por los pelos, aunque sea calva.

El día en que se pudiese contemplar reunida en un álbum la obra numerosa y varia y ahora dispersa de Rafael Blanco, se tendría perfecta idea no sólo de la vida habanera de unos años que son grávidos de historia, sino también del proceso por el que el alma cubana ha entrado en su propio clima. Acometer la publicación de ese álbum, con decoro, con dignidad y con belleza, sería, sin duda, una buena obra a propiciar y realizar por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. Al doctor López Isa, tan inteligente y bien dispuesto siempre en favor de los buenos empeños, le sugerimos éste, que sería de mucha justicia y no escasa utilidad.

Sup, en 17/54